

## EL SENTIDO RELIGIOSO DE LUIGI GIUSSANI VISTO POR UN LITERATO\*

Dr. Américo Ferrari



Después de leer *El sentido religioso* de Monseñor Giussani, me quedé como queda siempre uno tras la lectura de una obra densa: pensando, quiero decir, tratando de elucidar el sentido de esta expresión, sentido religioso, en la perspectiva del autor, más aún cuando yo mismo tenía en preparación una charla sobre el sentido religioso en la poesía de la modernidad. Cosa no tan simple, pues el sentido y el sentimiento religioso, en especial desde el siglo XVIII, brilla por su ausencia; pero el pensamiento y la poesía de algunos de los más grandes pensadores y poetas de la Europa moderna constituye precisamente una reacción contra esta ausencia y esta misma reacción, incluso en algún poeta agnóstico o ateo o aparentemente ateo, podríamos calificarla de «religiosa», por la desolación misma que suscita la ausencia del Ser y la invasión de la

nada. Y precisamente el libro de Luigi Giussani se refiere mucho a poetas y a grandes narradores y filósofos, incluso agnósticos, para realzar su sentido religioso del ser para subrayar la ausencia de éste en un alma y el sentimiento de la nada que deja esta ausencia.

Ahora, tengo que decir previamente que yo no soy para nada un especialista en teología y mis estudios de filosofía y de poética no bastarían en absoluto para animarme a mecarme en una camisa de once varas. Pero si me he atrevido a aceptar la invitación que me hizo el profesor Gian Corrado Peluso a participar en este acto, es porque el libro de Luigi Giussani no es un tratado de teología o una teodicea cuya finalidad consista fundamentalmente en estudiar la existencia de Dios y sus atributos, sino una reflexión

\* Ponencia leída en el Seminario Internacional "El Sentido Religioso" de Luigi Giussani (Lima 9-11-1998).

que se centra más bien en la persona humana y su destino frente a la vida, el tiempo y la eternidad; lo que supone naturalmente una referencia continua al horizonte de Dios, pero también al horizonte de la historia, «gran película -dice Giussani- que narra todo este decaer humano», el recaer del hombre «dentro de los límites de su propia experiencia, dentro del horizonte de su existencia»: esa misma historia que es también el lugar temporal de la revelación de lo eterno. Sólo que el positivismo moderno ha hecho de ella un ídolo sin revelación alguna, desterrando literalmente a Dios y toda representación de la presencia de lo eterno y lo divino para entronizar al hombre solo como actor de la historia y medida de todas las cosas. Resulta que el hombre moderno no es ni siquiera un solitario: no es más que un ente solo y aislado, incluso cuando está en compañía: «*Con cuántos dases, ¡ay! Estás tan solo*», dice un verso de César Vallejo. La condición de este hombre encogido en la incomunicación, el hombre de la modernidad, tal como se presenta en este libro, es un aislamiento estéril y, aunque no lo explicita Monseñor Giussani, que para caracterizar este aislamiento utiliza la palabra «soledad», se podría decir en realidad que este «estar solo» se sitúa en los antípodas de la soledad física del ermitaño que busca a Dios en el desierto o de la soledad del alma que a través de la noche va en pos del Amado, en la mística de San Juan de la Cruz: *En soledad vivía, / y en soledad ha puesto ya su nido, / y en soledad la guía / de amores su querido, / también en soledad de amor herido*. Esa soledad, al contrario del aislamiento del hombre moderno, rebosa de presencia y está respaldada por la comunidad viva de los fieles. El hombre en su comunidad social y espiritual es un punto muy importante de la obra del padre Giussani.

Podemos abordar ahora los términos que dan el título y el argumento al libro: el sentido religioso o de la religión. *Senso, sentido* se entiende, en italiano y en castellano, como capacidad o criterio para entender, juzgar o apreciar algo; como significado, y finalmente como dirección. Se podría pensar que el «sentido religioso» tal como lo expone el autor, vincula estas tres acepciones en una unidad dinámica que configura la existencia de la persona humana en el horizonte de Dios y su revelación en la tierra. Este itinerario intelectual-espiritual o método de indagación (el método es el camino que hay que recorrer) va del planteamiento de tres premisas del sentido religioso: realismo, razonabilidad y moralidad, hasta la intuición de la existencia de algo desconocido, de lo inalcanzable, del misterio. A lo largo de este camino el pensamiento religioso existencial de Luigi Giussani revela importantes puntos de contacto con otros grandes pensadores cristianos desde Blaise Pascal hasta el personalismo existencial de Gabriel Marcel. Así por ejemplo, la segunda premisa de Giussani, «Razonabilidad», que se basa en el concepto de «razón» pero razón como «apertura a la realidad, capacidad de afirmarla en la totalidad de sus factores», incluso y sobre todo el factor moral y religioso, esta premisa, digo, coincide con los primeros párrafos de los *Pensamientos* de Pascal, quien se expresa así: «I. Los hombres tienen desprecio por la religión; le tienen odio y temen que

sea verdadera. Para curarlos de eso hay que empezar por demostrarles que la religión no es contraria a la razón (...); presentarla después como digna de ser amada, hacer desear a los buenos que fuera verdadera; y luego demostrar que es verdadera. (...) 3. Dos excesos: excluir la razón, no admitir sino la razón. 4. Si lo sometemos todo a la razón nuestra religión no tendrá nada de misterioso ni de sobrenatural. Y si vamos contra los principios de la razón nuestra religión será absurda y ridícula. Hasta el célebre apotegma enunciado por Pascal, que resuelve este nudo de la razón y la religión: « El corazón tiene sus razones que la razón no conoce».

El padre Giussani tiene una intuición análoga cuando postula, desde el principio del libro, aparte de la razón, el corazón y lo que él llama la experiencia elemental del hombre en el mundo, experiencia fundamentalmente afectiva y cordial. « La capacidad lógica, de coherencia o de demostración, no son otra cosa que instrumentos de la razonabilidad, instrumentos al servicio de una mano más grande, de la amplitud del corazón que los utiliza. Es decir que se trata de un impulso cordial o amoroso que se dirige al prójimo en un movimiento que poco tiene que ver con la razón, pero mucho con las razones del corazón; y no creo que en estas páginas el autor se inspire en Pascal ni en otro pensador cristiano, sino que el sentimiento de amor que tiene por objeto en un mismo impulso a Dios y a sus criaturas se supone que debe nacer del corazón de toda persona, sobre todo si la persona tiene un sentido religioso de la vida. Para Monseñor Giussani el que, por ejemplo, una madre ame a su hijo no es una propuesta de la razón sino « una certeza, una evidencia » una propuesta de la realidad. Es algo a la vez entrañable y espiritual. El amor no es una deducción sino un hecho que se comprueba.

Sobre estas premisas, en el capítulo tercero el autor estudia la relación y la imbricación en el espíritu humano de la razón y el sentimiento para demostrar que ambas están vinculadas y que no puede haber en el hombre una razón esquemática sin interferencias cordiales o afectivas cuando se trata de un yo activo que tiene la responsabilidad de su destino. Y en la carrera de este hombre a su destino la moralidad viene a influenciar la dinámica del conocimiento a través del sentimiento, que interfiere con la razón. El hombre, dice Giussani, es proclive a quedarse con las opiniones que ya tiene sobre los *significados* de las cosas y a justificar ese apego; pero nuestro sentimiento



El autor del artículo, poeta y crítico literario, catedrático universitario en Ginebra, en la presentación del libro en el Museo de la Nación, Lima.

moral exige que el amor a la verdad del objeto sea siempre mayor que el apego a las opiniones que de antemano tenemos sobre él. « Es-dice-una cuestión de moralidad. Cuanto más vital es un valor, cuanta más naturaleza de propuesta tiene para la vida, se tratará, para conocerlo, menos de inteligencia y más de moralidad, es decir, de amor a la verdad más que a nosotros mismos». Se trata pues en este plano moral de forjarse un método objetivo de conocimiento que nos permita sentar este precepto: « Amar la verdad más que a uno mismo ».

A partir de aquí, en los capítulos centrales del libro, entramos de lleno en la naturaleza del sentido religioso, el cual empieza a dibujarse no de una manera aseverativa, sino sobre un fondo de preguntas acuciantes, o sea que « el factor religioso representa la naturaleza de nuestro yo en cuanto se expresa en ciertas preguntas: ¿Cuál es el significado último de la existencia? ¿Por qué existe el dolor, la muerte? ¿Por qué vale la pena realmente vivir? o ¿De qué y para qué está hecha la realidad? » Y a renglón seguido el prelado italiano, redoblando la urgencia de estas preguntas últimas, cita unos versos del poema « Canto nocturno de un pastor errante de Asia » de su compatriota del siglo XIX, el gran poeta Giacomo Leopardi. El pastor contempla la luna y el cielo constelado y dice: « cuando miro en el cielo arder las estrellas / me digo, pensando, / ¿qué hace el aire infinito y el infinito y profundo / cielo sereno? / ¿qué quiere decir esta / inmensa soledad y yo ¿qué soy? » « Estas preguntas, dice Giussani, arraigan en el fondo de nuestro ser, son *inextirpables* porque constituyen el tejido del que [nuestro ser] está hecho. E, interpretando, podríamos decir que en especial la última, la pregunta por mí mismo, la pregunta de un hombre por el significado de su ser, o su sentido, es, de todas las preguntas, la última, la más trascendental, la que no puede ser definitivamente contestada sino en la trascendencia; y el autor cita a este respecto unos versículos del Evangelio de San Mateo: « ¿De qué le sirve al hombre poseer todo el mundo si pierde el significado de sí mismo? » Ese significado por el que pregunta el pastor al decir « Y yo ¿qué soy? », o sea: Y yo mismo quién soy: « Ese sí mismo, responde Monseñor Giussani, no es otra cosa que [la] exigencia clamorosa, indestructible y sustancial [del hombre] de aferrar el significado de todo » (74), y unas páginas más adelante: « El sentido religioso es la capacidad que tiene la razón de expresar su existencia profunda en un interrogante último. Es él « locus » (lugar) de la conciencia que el hombre tiene de su existencia » (85). Pero este interrogante en la vida empírica queda siempre pendiente y sin respuesta, la respuesta está siempre más allá, en un "más allá". Por eso Monseñor Giussani concluye su exposición de la naturaleza del sentido religioso situándose directamente en la perspectiva de Dios. « Sólo la hipótesis de Dios, sólo la afirmación del misterio como realidad que existe más allá de nuestra capacidad de reconocimiento corresponde a la estructura original del hombre » (86).

A partir de ahí Monseñor Giussani examina los subterfugios con los que el hombre de la modernidad niega, sustituye, elude o desvirtúa el interrogante último que enfrenta a la criatura con su destino. La culminación de este rechazo del interrogante último, el que pregunta por el destino y el sentido de nuestro ser, es lo que él llama « la negación desesperada » por la que un hombre vuelve la espalda a la evidencia, desaloja la esperanza al hacer de la realidad una ilusión y, en el vértigo de la negación, entre el cielo y el abismo, entre el ser y la nada elige la nada y el abismo. Para ilustrar su planteamiento el autor cita unos versos de dos grandes poetas italianos de este siglo, en los que esta negación resulta palpable, por ejemplo en Eugenio Montale: *«veré (...) la nada a mis espaldas, el vacío detrás / de mí, con un terror de borracho. // Después (...) me iré quedo (...) con mi secreto»*; y en Cesare Pavese: *«Tú no esperas nada»*, que en el contexto podría leerse: *tú aguardas la nada*. Pavese se suicidó en 1950.

Estas actitudes ante el interrogante último se caracterizan todas por su irrazonabilidad, pues está fuera de toda razón o va contra la razón el vaciar de su consistencia la pregunta por nuestro destino y nuestro sentido, despojándola de su significado. Y de ahí tres consecuencias: 1. El hombre moderno rompe los lazos con su historia y su pasado, o sea con su tradición; 2. Se aísla en la soledad y la incomunicabilidad de tal manera que vive y anda entre los otros, pero no está con el otro porque ha perdido el sentido de la comunidad y de la comunicación. 3. Pierde la libertad al quedar reducido a una pieza en el engranaje del Estado moderno, igual si éste es comunista o liberal. En lo tocante al primer punto, la tradición, Giussani subraya que la originalidad del presente es mi libertad; pero que toda la riqueza del presente viene del pasado, de modo que, desconectado del pasado, me encuentro en un presente sin significado sobre el cual no puedo construir ningún futuro. El hombre moderno padece de esta amnesia que lo desvincula del pasado y determina una impotencia para crear futuro desde nuestro presente. El resultado es que « el corazón está roído por la esclerosis ». Y la esclerosis es un estado degenerativo que afecta sobre todo a los viejos. « La vejez a los veinte años e, incluso, antes: la vejez a los quince años: ésta es la característica del mundo de hoy », concluye el padre Giussani. Yo me permitiría añadir una apostilla, y es que estamos viviendo, aislados del pasado y sin querer afrontar el futuro, un presente inactual en una sociedad dominada por la ilusión de la actualidad y sobre todo de las « actualidades » del noticiario televisivo. Y lo ilustraré con un suceso de hace cerca de 50 años y una cita de un gran poeta. El suceso es éste: en los años cincuenta, en París, un periodista francés publicó un libro que llevaba por título « Hitler, connais pas » (Hitler, no sé quién es), que presentaba los resultados de una encuesta entre adolescentes que estaban cursando la enseñanza secundaria. En sus entrevistas les pedía a los chicos que le dijeran lo que sabían o pensaban de Adolfo Hitler: el título del libro da la respuesta mayoritaria: los muchachos no sabían quién era ese personaje, aunque muchos habían pasado su infancia



en la Francia ocupada por el ejército nazi y dominada por Hitler. Sencillamente no recordaban su historia más reciente. En cuanto a la cita, es del poeta francés Charles Péguy, quien dice que cuando lee algo de un gran poeta antiguo, eso que lee es siempre actual; pero cuando abre un periódico de la semana pasada, lo que hay en ese periódico es ya inactual.

En sus últimos capítulos este libro sobre el sentido religioso hace una crítica de la ideología y de la necesidad de volver a la « ley en el corazón » o « la ley escrita en los corazones », que indica que todo hombre tiene la percepción del bien y del mal. Importa mucho en este sentido la noción del signo, realidad visible que refiere a una realidad invisible, a un más allá, a la realidad, dice el padre Giussani, « de una respuesta última que está más allá de las modalidades existenciales que se pueden experimentar ». O sea, al misterio y a la trascendencia. El mundo es un signo y su interpretación nos lleva « a esa cumbre » donde se produce el « mareo de la razón », a la percepción de algo desconocido, inalcanzable: el « misterio ». « El mundo 'enseña' a Dios », dice el autor, como el signo indica aquello de que es señal » (177). Y finalmente al misterio de la revelación por la cual, termina diciendo Monseñor Giussani, « Dios entra de algún modo en la historia del hombre como un factor interior de esta historia. Y nos « habla como un amigo, como un padre o una madre ».

El libro de Monseñor Giussani podría ser un libro de cabecera para quienes se interesan en la busca de la trascendencia. La perspectiva es por lo demás ecuménica, en la medida en que a lo largo de su exposición no se refiere por lo general explícitamente al « catolicismo » sino al cristianismo que abarca otras iglesias además de la católica. En cambio, en otra obra, *La conciencia religiosa en el hombre moderno*, algo anterior, aunque sin atacar el protestantismo, dice que « el cristianismo de nuestro tiempo se ha visto como angustiado, debilitado y entorpecido por una influencia que podríamos llamar « protestante » y examina las consecuencias de esta « Protestantización del catolicismo » que lleva, dice, a « cierto sentimentalismo y pietismo », es decir a fomentar el subjetivismo que establece como último criterio interpretativo la conciencia personal. Y es verdad que el pietismo, por ejemplo en un poeta como Novalis, está muy cerca del catolicismo, pero, es verdad también, con una carga afectiva muy sentimental y personal y subjetiva. De todos modos es un buen ejemplo de cómo, de pronto, se entrelazan las ramas de un mismo tronco. Las mismas citas del autor, de Platón, de Einstein, de Soljenitsin, de Leopardi, Montale y Pavese, indican que el sentido religioso, incluso negativo como en los últimos citados, hunde sus raíces en el alma humana y uno puede volverle la espalda para no verlo, pero no se lo puede desarraigar. Creo que es una lección que nos da esta obra profunda y atrayente.

Dr. Américo Ferrari

Miembro de la Academia Peruana de la Lengua